

Todo aquello
que nos une

JUSTIN TRUDEAU

Mi autobiografía

Defensor de un Canadá moderno, bilingüe, federal y basado en la diversidad, su primer ministro se ha convertido en el gran antagonista de su homólogo estadounidense



DEUSTO

Todo aquello que nos une

Mi autobiografía

JUSTIN TRUDEAU

Traducido por Mercedes Vaquero



EDICIONES DEUSTO

Título original: *Common Ground*

Publicado por HarperCollins Publishers Ltd, 2014

© 2017 Justin Trudeau.

© de la traducción Mercedes Vaquero, 2017

El título del capítulo 4 está tomado de *The poetry of Robert Frost*, editado por Edward Connery Lathem, Copyright 1923, © 1969 por Henry Holt and Company, Inc, renovado en 1951, por Robert Frost.

© Centro Libros PAFP, S. L. U., 2017

Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAFP, S. L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-2876-2

Depósito legal: B. 16.468-2017

Primera edición: septiembre de 2017

Preimpresión: Medium Preimpressió

Impreso por Artes Gráficas Huertas

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Prólogo	11
1. Mi infancia en el 24 Sussex	17
2. Crecer en Montreal	55
3. De camino al Este, acabé en el Oeste	89
4. El bosque es hermoso, oscuro y profundo	110
5. Dos decisiones que cambiaron mi vida	124
6. Papineau: política desde abajo	145
7. La vida como un parlamentario novato	172
8. El camino hacia el liderazgo	187
9. Esperanza y trabajo duro	215
Anexo: Discursos seleccionados	233
Agradecimientos	267

Mi infancia en el 24 Sussex

Un comienzo apropiado para mi historia puede hallarse hace más de un siglo en la ciudad de Banff, en la poco poblada costa oriental de Escocia conocida como Aberdeenshire. Un día, en 1911, un maestro del lugar y ávido pescador llamado James George Sinclair se acercó paseando con algunos amigos hasta un arroyo cercano, en cuyas aguas lanzó el sedal de su caña de pescar. Casi de inmediato se abalanzó sobre ellos un guarda forestal que les acusó de estar pescando de forma ilegal, pues la vía fluvial era «propiedad», de un extremo a otro, de un noble de la localidad.

Las leyes feudales del uso de la tierra aún sobrevivían en el siglo xx en Escocia y otras partes de Europa, y las penas para los infractores podían ser duras. Si pillaban a James intentando robar al señor del pueblo otra vez, avisó el guarda, pasaría una temporada en la cárcel.

James y sus compañeros recogieron sus cosas y se encaminaron a sus casas a través de la pradera. James se quejó: «Si no puedo pescar, no puedo vivir». Uno de sus amigos empezó a describir una tierra completamente abierta para ellos, un precioso lugar en donde abundaba la caza y «ningún noble es dueño de los peces». Había leído sobre ese lugar en un libro, dijo. Se trataba de una tierra maravillosa, a más de seis mil kilómetros, al otro

lado del Atlántico y en la parte más lejana de Canadá. Un sitio llamado la «Columbia Británica».

Unos meses después, James George Sinclair, su mujer Betsy y su hijo de tres años Jimmy se hallaban a bordo de un barco rumbo a Canadá. Encontraron mucho más que peces en la Columbia Británica. Su nuevo hogar era una tierra de oportunidades donde si uno trabajaba duro obtenía sus frutos, sin importar cuál fuera su acento o sus ancestros. A lo largo del siguiente medio siglo su hijo Jimmy se hizo ingeniero, consiguió una beca Rhodes para estudiar en la Universidad de Oxford, sirvió como oficial en las Fuerzas Aéreas Canadienses durante la segunda guerra mundial, fue elegido parlamentario y después ministro, se forjó una exitosa carrera empresarial... y siguió siendo durante toda su vida, al igual que su padre antes que él, un ávido pescador.

Él y su mujer, Kathleen, llamaron Margaret a la cuarta de sus hijas. En la actualidad, Margaret vive en Montreal: es mi madre.

En 1941, mientras Jimmy Sinclair tenía la especial distinción de servir su primer mandato como parlamentario por la jurisdicción de North Vancouver y comandaba un escuadrón de las Fuerzas Aéreas Canadienses en el norte de África, un intelectual francocanadiense se embarcaba en una extraordinaria expedición en canoa de seiscientos kilómetros, de Montreal a James Bay, volviendo sobre los pasos de los *coureurs de bois*, los primeros comerciantes de pieles en la colonia de la Nueva Francia que, a finales del siglo XVII, fundaron la Compañía de la Bahía de Hudson. El viaje atrajo la atención de algunos medios de comunicación. Bajo el titular «Estudiantes se embarcan en una grata travesía», un periódico local enumeró a los seis piragüistas, entre los que había uno llamado Pierre E. Trudeau.

Fue un arduo viaje. Justo lo que mi padre esperaba. «Yo descendía por los rápidos mientras los demás transportaban la carga —escribió en una carta a un amigo—. La comida comenzó a escasear, el transporte era imposible, los rápidos peligrosos... En pocas palabras, la vida se estaba poniendo bella.» Éste era el prisma a través del cual mi padre veía a su nativa Quebec; como un lugar orgulloso y espléndido repleto de una áspera be-

lleza natural. Siempre creyó que el espíritu que caracterizaba a la provincia surgía tanto de la tierra como del idioma y la cultura.

Como familia, siempre hemos conservado una fuerte conexión con el agua. De hecho, el agua juega un papel fundamental en mi primer recuerdo. Todavía no había cumplido los dos años de edad, envuelto en un mono de nieve viajaba en trineo con mi padre en Harrington Lake, la residencia del primer ministro propiedad del gobierno en Gatineau Park, que era uno de los lugares preferidos de mis padres en el que pasar tiempo juntos. Era diciembre de 1973, y el lago no estaba congelado del todo. Mi madre se detuvo en lo alto de una colina, a punto de reventar con el inminente nacimiento de mi hermano Sacha, y nos animaba mientras mi padre subía y bajaba la pendiente conmigo en un trineo. Cada rápido descenso acababa cerca del arroyo que brotaba del lago, el mismo por el que más tarde remaría.

Tras algunas bajadas y curvas finales, mi padre pensó que era seguro y decidió que podía tirarme yo solo. Dio un empujón al trineo desde lo alto de la colina y salí disparado mientras él y mi madre me observaban. Casi de inmediato, mi padre advirtió un gran problema. Cuando ambos íbamos juntos en el trineo, nuestro peso era suficiente para que sus guías rompieran la corteza helada y redujéramos la velocidad. Pero conmigo únicamente a bordo, el trineo rozaba ligeramente la corteza, más como un patín que como un trineo, y éste empezó a ganar velocidad, dirigiéndose directamente al arroyo. Mientras mi padre echaba a correr tras de mí ladera abajo, mi madre no dejaba de gritar horrorizada, desde arriba: «¡Mi niño, mi niño!».

A pesar de ser tan pequeño, recuerdo con toda claridad el trayecto, que terminó con el trineo medio enterrado en la orilla arenosa y mis manos abiertas y metidas hasta las muñecas en el agua helada. Llevaba puestas unas manoplas azules de lana, y mi principal preocupación era que estaban empapadas. «¡Caído en el río, manoplas mojadas!», le dije a mi padre llorando, medio encantado y medio sorprendido, cuando llegó al rescate. Me recogió con una mano, agarró el trineo con la otra, y me llevó de nuevo a la cima de la colina. Fue un día importante: mi bautizo como amante de la naturaleza.

Antes de esta aventura, no obstante, aconteció el memorable momento de mi nacimiento. Sir John A. Macdonald había sido el último primer ministro en tener un hijo en el ejercicio del cargo. Tanto mi padre como mi madre vivían como propios los objetivos del nuevo movimiento feminista que estaba revolucionando el modo en que hombres y mujeres abordaban sus funciones como padres. Sin embargo, nacieron con tres décadas de diferencia y esa diferencia de edad no sería algo fácil de superar. Para ponerlo en perspectiva, mi padre nació en 1919, el año en que las mujeres canadienses obtuvieron el derecho a presentarse a desempeñar un cargo en el gobierno federal.

En 1971, el hospital de Ottawa todavía no permitía que los maridos acompañaran a sus mujeres en la sala de partos. Mi madre se puso furiosa cuando se enteró. Si su marido no podía estar a su lado en el hospital cuando diera a luz, tendría al bebé —ése era yo— en la residencia oficial del primer ministro de Canadá, conocida como 24 Sussex. Cuando la junta directiva del hospital se enteró de la protesta de mi madre, suprimió de inmediato la anticuada restricción, y su medida fue seguida por otros centros hospitalarios en Ottawa y a lo largo y ancho de todo el país. Mi padre estaba junto a mi madre el día de Navidad en que vine al mundo. Según me cuentan fuentes fidedignas, fue un parto fácil y sin complicaciones. Y me gusta pensar que, junto con mi padre, ayudé a mi madre a asestar un buen golpe a los trasnochados prejuicios patriarcales.

Mi hermano Sacha llegó dos años después, y Michel le siguió al cabo de menos de dos años, de modo que fuimos cercanos en muchos sentidos. Fuimos constantes compañeros de juegos: nos perseguíamos unos a otros, nos provocábamos, nos metíamos en líos. En realidad, éramos pequeños cachorros de león salvajes. Enseñé a pelear a Sacha cuando todavía llevaba pañales, quien a su vez daba bandazos con Michel, que apenas acababa de aprender a caminar. Teniendo en cuenta toda esa energía, mis padres sembraron de colchonetas el sótano del 24 Sussex, deseosos de que quemáramos nuestra hiperactividad infantil de una manera sana.

En aquella época, Harrington Lake era como el escenario de una novela de los Hardy Boys, un lugar que llamaba a la aventura

a gritos. Además, teníamos la suerte de que nuestro padre siempre parecía alentar esa idea. Se podía explorar allí cerca una vieja alquería con un granero abandonado. De camino al lago, pasada una mina de mica, estaba atracada una casa bote sin utilizar donde mis hermanos y yo tomábamos el sol en verano. A unos cien metros de la orilla había una isleta que era el centro de nuestro rito de iniciación. Apalabramos que cada vez que uno de nosotros cumpliera los siete años iríamos hasta ella y volveríamos nadando.

El hecho de que nuestro padre apoyara nuestras actividades es ejemplo de cuánto nos animaba a poner siempre a prueba nuestros límites físicos. Naturalmente, nos guiaba y protegía; estaba presente cada vez que intentábamos el ritual, nadando a nuestro lado, hasta la isla y de vuelta a la orilla.

También le gustaba sorprendernos. Solía extender ante nosotros mapas topográficos de Gatineau Park, colocaba su dedo en un punto cualquiera y decía: «*On va là*». Una hora y media más tarde, nos encontrábamos bregando por seguirle el paso a él y a mi madre mientras marchaban con seguridad por la naturaleza. Tenía un excelente sentido de la orientación y nunca nos perdimos. Pero no sucedía lo mismo con otros visitantes del lugar. De vez en cuando nos topábamos con algún excursionista desorientado que acababa recibiendo indicaciones del primer ministro canadiense. Recordados ahora, esos episodios me parecen surrealistas. Pero de niño, que el primer ministro ayudara a algún excursionista extraviado por las colinas de Gatineau me parecía lo más normal del mundo.

El cambio de estación no detenía nuestras exploraciones al aire libre ni nuestras excursiones familiares. Que hubiera nieve cubriendo la tierra significaba muchas cosas. Si bien todos comenzamos a esquiar a muy temprana edad, en Harrington Lake nos amarrábamos unas raquetas de nieve y salíamos al mundo. Entonces no existían los ligeros diseños modernos disponibles hoy en día. Llevábamos las antiguas de madera en forma de lágrima, que se parecían un poco a raquetas de tenis, encordadas con tripa (que nuestro padre nos garantizaba no proceder de ningún animal). Mientras marchábamos por la naturaleza, mi padre hilaba historias, siempre en francés, sobre Albert Johnson, el tram-

pero loco de Rat River, un infame criminal que, en los años de la Gran Depresión, puso a prueba a la Real Policía Montada de Canadá en una persecución de casi doscientos cincuenta kilómetros por los territorios del noroeste y las tierras salvajes del Yukón. Obviamente, estos relatos nos inspiraban a la hora de turnarnos en el juego de hacernos pasar por el trampero loco, mientras nos dirigíamos hacia los campos de Gatineau para ver si podíamos evitar ser capturados por otros miembros de la familia.

Seguir a alguien con raquetas de nieve en los pies es sencillo si el perseguido camina en línea recta. El tema era confundir a los perseguidores caminando en círculos, bifurcando el rastro y volviendo sobre tus propios pasos siguiendo un patrón en forma de ocho, o incluso colgarse de la rama de un árbol para abrir una brecha en el rastro. Nos encantaba este juego, que nos absorbía horas y horas.

Tras conseguir que una brigada de la Policía Montada anduviera tras él durante más de un mes, el trampero loco fue baleado por la policía en una curva helada del río Eagle: nuestras persecuciones, en cambio, solían concluir cuando mi padre nos interrumpía y compartía una tableta de chocolate negro con nosotros.

Hasta los ocho o nueve años no tuve una firme comprensión completa de la ocupación de mi padre y de lo que éste hacía cuando no estaba en casa con nosotros. A mi madre le encanta contar la anécdota de cómo me referí en una ocasión a mi padre como «el jefe de Canadá». Pero ¿qué quería decir eso exactamente? Los amigos de mi padre ejercían trabajos que podía entender; trabajaban en tiendas, o eran médicos y cuidaban de la gente, o hablaban por la radio. Podía hacerme a la idea de lo que implicaba llevar a cabo ese tipo de labores. Pero el concepto de servicio público era mucho más abstracto, más difícil de comprender.

El asunto surgió un día que le pregunté a mi padre algo sobre nuestra casa y me respondió que no nos pertenecía del mismo modo que nuestra ropa o nuestros libros. ¿No es nuestra? Aquello me pareció muy raro. «Vivíamos» en 24 Sussex, así que ¿por qué no era nuestra? Me explicó que pertenecía al Gobierno, lo que me

dejó aún más confuso. ¿Acaso no estaba mi padre al mando del Gobierno? ¿Eso no hacía que todo fuera suyo? Justo por entonces, en 1979, los liberales perdieron las elecciones federales. Prácticamente de la noche a la mañana 24 Sussex dejó de ser nuestro hogar, hicimos las maletas y nos trasladamos a unas manzanas de allí, en Stornoway, la residencia oficial del líder de la oposición. Entendí entonces que el verdadero jefe de Canadá era el pueblo canadiense.

Con el tiempo empecé a captar algunas de las cuestiones más complejas de las que se ocupaba mi padre, quien insistió en llamar mi atención sobre los grandes acontecimientos y su importancia. Por razones comprensibles, habló a sus hijos pequeños de la entrada en vigor de la Carta de Derechos y Libertades de 1982. Yo contaba entonces diez años, edad suficiente para estar familiarizado con los principios básicos de la democracia, incluyendo la idea de que el ascenso y la caída de los gobiernos depende de la voluntad de los votantes. Al explicar la importancia de la Carta, mi padre, que había soñado un documento semejante desde que fuera ministro de Justicia en el gobierno de Pearson en la década de 1960, señaló que algunas normas eran demasiado importantes para que las invalidara un gobierno.

El pensamiento de que una mayoría de personas —o, dado nuestro sistema electoral, a veces mucho menos de una mayoría— pudiera utilizar el inmenso poder del gobierno para limitar los derechos de una minoría aterraba a mi padre. Llamaba a esto «la tiranía de la mayoría». Cuando éramos niños, su modo de explicárnoslo era diciéndonos que, por ejemplo, a las personas diestras, que constituyen una amplia mayoría de la población, no se les debería permitir dictar leyes que perjudiquen a los zurdos sólo porque estos sean minoría.

Mi padre pertenecía no sólo a una minoría lingüística, sino también a una generación que había visto emplear y dirigir el poder del Estado con la finalidad de hacer cosas indescriptibles en todo el mundo. Había luchado toda su vida para construir y conformar Canadá, un país de una variedad religiosa, étnica y de creencias sin precedentes. Pero para que la diversidad funcione, la gente debe ser libre. La Carta era su forma de garantizar que a cualquier grupo de canadienses le fuera imposible utilizar el go-

bierno para restringir indebidamente libertades fundamentales de cualquier otro grupo de canadienses. Su valor fundamental era clásicamente liberal a estos efectos. Es un valor que comparto y en el que también creo profundamente.

En los años siguientes, la Carta de Derechos y Libertades se convirtió en el vehículo de una expansión de la libertad individual sin precedentes en Canadá. Se ha utilizado para derogar leyes arbitrarias que limitaban las opciones de los canadienses en los aspectos más privados e íntimos de sus vidas. Gracias a la Carta, los canadienses ya no sufren discriminación en sus centros de trabajo en virtud de su orientación sexual, ni se les impide que se casen con la persona que amen sólo porque sean del mismo sexo. Gracias a la Carta, las mujeres han obtenido el derecho de controlar su salud reproductiva. Asimismo, otros aspectos de la Ley Constitucional tenían por objeto el mismo fin. En este sentido, por ejemplo, las Naciones Originarias de Canadá han utilizado el artículo 35 para recoger en la legislación derechos que, desde los primeros contactos con Europa, habían sido infringidos por los sucesivos gobiernos que ejercieron el poder.

Desde mi entrada en el Parlamento en 2008, he pensado a menudo cómo serían los años de la Administración Harper sin la Carta de Derechos y Libertades. El señor Harper y su partido no son unos fans de la Carta. Se negaron a celebrar su trigésimo aniversario. Rara vez la mencionan, y el Tribunal Supremo la ha utilizado para detener muchas de sus tendencias más autocráticas. Personalmente, creo que todo se reduce a una diferencia fundamental entre las ideas de libertad liberales y conservadoras. El ideario liberal promueve que todos los individuos, sin importar su origen o creencias, tengan los mismos derechos y libertades básicos, así como que la Constitución debe protegerlos de las poderosas fuerzas que pudieran restringir —y en casos extremos, suprimir— tales derechos. Por el contrario, me parece que la ideología conservadora está mucho más centrada en proporcionar a la gente y a los grupos con poder la libertad de utilizar éste a su antojo.

Creo profundamente en la noción liberal de libertad. En la primavera de 2014, me postulé firmemente a favor del derecho de la mujer a elegir. Significó un gran cambio para algunos de

mis colegas parlamentarios. Con anterioridad, el Partido Liberal daba libertad de voto a cada diputado para que votara en el Parlamento según sus creencias religiosas. Como alguien que ha sido educado católico y que asistió a un colegio jesuita, entiendo que a las personas con una profunda fe religiosa les resulte muy complicado dejar sus creencias a un lado para servir a los canadienses que quizá no compartan dichos dogmas. Pero, para mí, en eso radica el liberalismo. En la idea de que la creencia privada, aunque debe ser valorada y respetada, es sustancialmente diferente de la función pública. La concepción que tengo de la libertad es que si bien debemos proteger el derecho de las personas a creer en aquello que les dicte su conciencia, también hemos de luchar con la misma intensidad para salvaguardar a la gente de que les impongan creencias propias de otras personas. Ésta es la diferencia entre las opiniones expresadas por un ciudadano y los votos contabilizados en el Parlamento. Cuando los diputados votan en el Parlamento, no expresan simplemente una opinión; expresan la voluntad de que todos los demás canadienses queden vinculados por su opinión, por ley. Es ahí donde debemos establecer un límite firme. Estoy seguro de que mi padre, si estuviera vivo hoy, estaría de acuerdo.

Puede que su trabajo fuese un tanto singular, pero mi padre, con el que siempre hablábamos en francés, era en muchos aspectos como la mayoría de los padres. Bromeaba y jugaba con nosotros, y, de modo especial, en ocasiones nos llevaba con él al trabajo. Por lo general, esto quería decir Sacha, Michel y yo jugando a pillar o al escondite en la tercera planta del Bloque Central de los edificios del Parlamento. A día de hoy, no puedo atravesar ciertas estancias o huecos de escalera sin que acudan a mi mente los recuerdos de aquella época.

Supe mejor en qué consistía el trabajo cotidiano de mi padre como primer ministro no en Ottawa, donde mantenía una férrea barrera entre sus papeles como primer ministro y como padre, sino cuando viajábamos por el país o por el extranjero. En Ottawa, aparte de nuestra aparición en ceremonias como el Día del

Veterano de Guerra y el Día de Canadá, teníamos poco contacto con sus obligaciones públicas. Pero las cosas eran distintas cuando lo acompañábamos fuera de Ottawa.

Cuando era mi turno de viajar con él al extranjero, solía sentarme masticando una madalena para desayunar en algún hotel mientras mi padre recibía información detallada sobre las reuniones del día de personas como Bob Fowler, su asesor de política exterior, y Ted Johnson, su ayudante ejecutivo. A veces, también acudía a eventos nocturnos, lo cual me daba la oportunidad de conocer a líderes internacionales como la primera ministra británica Margaret Thatcher, el canciller alemán Helmut Schmidt o el primer ministro sueco Olof Palme, quien me regaló un cuchillo de caza con una empuñadura elaborada con asta de reno que guardo como si fuera un tesoro hasta hoy.

En ocasiones tenía un asiento en primera fila en acontecimientos de gran importancia, como cuando lo acompañé en una gira por las bases militares canadienses en Europa occidental en 1982 y un comunicado anunció que había muerto el líder soviético Leónidas Bréznév. Al día siguiente íbamos camino de Moscú.

En el aeropuerto nos recibió Geoffrey Pearson, el embajador de Canadá en la Unión Soviética, quien informó a mi padre durante el trayecto en coche al hotel. Recuerdo que gran parte de la conversación se centró en quién sucedería a Bréznév. Vi cómo caía la noche en la oscura y sombría Moscú mientras la atravesábamos, y mi padre sostenía una larga y detallada discusión sobre la política interna soviética en la que él igualaba los conocimientos de un diplomático en Moscú. No fue más que otra confirmación para el chaval que yo era entonces de que su padre lo sabía prácticamente todo.

Hay un límite en cuanto a qué puede procesar un crío en lo que respecta al control de armas o los acuerdos comerciales. No obstante, algo que aprendí a apreciar fue el concepto de que, en las relaciones internacionales, es de vital importancia establecer vínculos. Me impresionó el hecho de que las reuniones informativas de mi padre girasen a menudo en torno a la personalidad de sus homólogos tanto como sobre los temas a tratar en cuestión.

Esto se hizo especialmente interesante cuando pude ver a líderes de otros países reunirse con mi padre. A veces parecían tan

diferentes que me maravillaba que pudieran interactuar de un modo productivo entre sí. Fue el caso de Ronald Reagan.

Tenía nueve años cuando el presidente de Estados Unidos llegó para almorzar con mi padre en el 24 Sussex. Era evidente que aquel día estaba ocurriendo algo fuera de lo común, ya que los oficiales de la Real Policía Montada de Canadá estaban posicionados a intervalos de tres metros de distancia acordonando toda la propiedad, un despliegue de seguridad que nunca había visto antes ni vería después.

Cuando el carismático presidente estadounidense entró, mi padre me presentó y sugirió que fuéramos los tres a relajarnos a la solana antes de que ambos líderes almorzaran. Reagan me sonrió afectuosamente mientras nos sentábamos y me preguntó si me gustaría escuchar un poema, lo que hizo que mi padre ladeara la cabeza con interés. Le encantaba la poesía y con frecuencia nos daba poemas para que los memorizáramos, entre otros *Fedra* de Racine o *La tempestad* de Shakespeare. No obstante, Reagan tenía gustos diferentes. En vez de recitar algún texto clásico, se lanzó con el poema narrativo *The shooting of Dan McGrew* («*A bunch of the boys were whooping it up in the Malamute saloon...*»).

Me encantó ese verso. Mi padre estaba un tanto perplejo, no sólo por el tema un tanto inapropiado para un niño de nueve años como por la elección predeciblemente apropiada del poema por parte del presidente vaquero-actor. Aun así, surtió efecto; estaba suficientemente impresionado como para memorizarlo, así como otros poemas narrativos que jamás me habría enseñado mi padre, desde *The cremation of Sam McGee* a *The highwayman*, de Alfred Noyes.

Igualmente memorables eran las veces que nos subimos al Boeing 707 del gobierno que se utilizaba para viajes internacionales. La parte delantera del avión tenía ocho grandes asientos, mirándose entre sí en grupos de cuatro. Detrás de ellos había dos largos sofás en los que mi padre y yo dormíamos durante los vuelos de larga duración. Un tabique separaba esta sección del resto del avión, destinado a los empleados, el personal de seguridad y la prensa. En ocasiones me iba a la parte trasera a hablar con

los que conocía, ya que mi padre acostumbraba a trabajar en el avión y no había ningún hermano con quien jugar. Sin embargo, por muy interesantes que fueran las conversaciones, mis visitas a esa sección de la aeronave eran breves. Todavía estaba permitido fumar a bordo, también en los aviones gubernamentales, y la neblina opaca de humo que envolvía dicha zona de la nave me hacía toser.

La parte más valiosa de estos viajes con mi padre era la oportunidad de ver cómo tomaba decisiones. Siempre estaba formulando preguntas y desafiando a la gente que le rodeaba con respecto a sus opiniones. Rara vez hablaba sobre su propio punto de vista en detalle hasta que otra persona hubiera opinado antes, lo que contrastaba con su imagen pública como un hombre responsable de tomar decisiones casi autocrático. Cualquier decisión adoptada por mi padre era el resultado de un proceso que había incluido muchas voces, y que a veces le había llevado semanas o meses tomarla. El modelo de toma de decisiones que aprendí a lo largo de aquellos vuelos en el Boeing 707 ha llegado a conformar mi propio estilo de liderazgo.

Todo esto acotaba el contexto en el que crecí. Sin embargo, lo que destaca en primer plano de mi mente es la vida familiar de los cinco en Ottawa, y lo consagrados que estaban mis padres a nosotros.

A pesar de las exigencias del momento, mi padre era una persona práctica y comprometida que disfrutaba enormemente con sus hijos. Le satisfacía llevar a cabo sus quehaceres parentales, ya fuera sosteniéndonos cuando éramos bebés, o reparando nuestras bicicletas y montando juguetes de Navidad cuando fuimos creciendo. Nos contaba historias antes de ir a la cama, *en français, bien sûr*, sobre Jason y el vellochino de oro, o Paris y Helena de Troya, o nos asustaba con el relato de Polifemo y su cueva. En las horas de luz, nos introdujo en prácticamente todas las actividades físicas disponibles, aunque los deportes en equipo como el fútbol, el rugby y el hockey no parecían interesarle. Nos enseñó a navegar, a practicar escalada, a utilizar un arma y el equipo de arquería, a abrirnos ca-

mino al aire libre, a nadar, bucear y hacer rápel y, por supuesto, a esquiar. En Harrington Lake pasábamos al menos cuatro horas al día realizando algún tipo de actividad al aire libre ya hiciera calor o frío, lloviera o no. Mi padre tenía un dicho genial: «No existe el mal tiempo, sólo un mal equipamiento».

Él y mi madre destacaban en el esquí. Mi madre siempre ha sido una bella esquiadora. En cuanto a mi padre, incluso en las montañas más difíciles eclipsaba a otros esquiadores con su elegante estilo y su enérgica actitud, y siguió esquiando con mis hermanos y conmigo los descensos más desafiantes hasta bien entrados los setenta años.

Sin esquís y fuera de la piragua, practicaba sus bailes de salón y se sumergía en la música clásica y en la verdadera literatura, compartiendo también su entusiasmo con nosotros. Se nos animaba, incluso se esperaba de nosotros, que supiéramos historia, teología católica y la base de la filosofía tan bien como sabíamos hacer un giro en paralelo sobre los esquís y cómo acarrear una piragua a través de la maleza.

Los tres nos inscribimos en clases de judo, lo que nos ayudó a aprender a caer y rodar, y cuando tenía cuatro o cinco años, mi padre me enseñó a boxear, algo que más tarde practicaría activamente.

Mi madre insistía en ampliar nuestros horizontes en otras direcciones. En mi caso, sólo alcanzó un resultado desigual. Con seis años de edad me apuntó a clases de ballet. Soy un gran defensor de los intereses eclécticos por lo que se refiere a la cultura, pero ser uno de dos chicos entre dieciséis jovencitas era más de lo que mi joven ego podía soportar. Mi madre y la profesora de ballet hicieron una concesión a mi vergüenza y me permitieron llevar pantalones en vez de leotardos, pero eso no fue suficiente. Odiaba el ballet y me rebelé a ser arrastrado a clase hasta el día en que mi madre se vio forzada a sacarme literalmente a la fuerza a través de la puerta del 24 Sussex mientras yo pataleaba y gritaba. Me agarré desesperadamente al marco, negándome a darme por vencido ante las súplicas de mi madre, hasta que un operario que estaba cerca de allí pintando una barandilla y que llevaba un rato observándonos, dijo: «Vamos, señora. Dele un respiro al chico».

Dio resultado. Aquel día fui a ballet por última vez.

Aunque mi madre y mi padre funcionaban muy bien juntos como padres, es sabido que afrontaban muchos desafíos como pareja. La teoría de mi madre es que ninguno de los dos era capaz de mantener una discusión «normal» o productiva. No había término medio, de modo que, en lugar de algún tipo de acuerdo gradual de voluntades, las presas explotaban y mis padres se dejaban ir. Con el paso del tiempo, se multiplicaron los desagradables episodios entre ellos hasta que terminó su matrimonio.

Mi madre reconoce sin ambages que mi padre fue un progenitor ejemplar que siempre sacaba tiempo para pasarlo con sus hijos. De hecho, su actitud hacia la crianza estaba décadas por delante de su tiempo. Casi siempre encontraba algo nuevo con que despertar nuestro interés, algún fascinante descubrimiento que merecía la pena explorar, o simplemente un modo de hacernos reír y que fuéramos felices.

A veces, sus prácticas de crianza activa pillaban por sorpresa a sus colegas más aburridos. Cuando yo todavía era un bebé, mi padre acudía a casa a menudo a lo largo del día para ayudar a cuidarme, subiendo las escaleras a todo correr hasta mi habitación sin quitarse el abrigo. Para que el acuerdo funcionara, invitaba a sus ministros al 24 Sussex para llevar a cabo almuerzos de trabajo. En una memorable ocasión, me sentó en una sillita de bebé en mitad de la mesa del comedor para asombrar de sus compañeros allí reunidos. John Turner, el ministro de Finanzas recién designado por mi padre, me observó por un instante y dijo: «No te preocupes, Pierre. Los niños son mucho más divertidos e interesantes cuando crecen un poco más». Años después, cuando mi padre me contó la anécdota, todavía encontraba desconcertante el comentario de John: para él no había nada más interesante que ver a un bebé descubrir el mundo. Disfrutó tanto de nuestras primeras palabras y de nuestros primeros pasos como de nuestro primer salto mortal hacia atrás desde un trampolín o en una cama elástica. Desde los primeros recuerdos que tengo de mi padre hasta los últimos, siempre fue evidente su amor por nosotros. De hecho, más que cualquiera, es el ancla de mi infancia.

Voy a ser sincero: muchas cosas de ser hijo del primer ministro eran pura diversión. Por ejemplo, los nombres en código que la Policía Montada daba a mi familia: mi padre y mi madre eran Arce 1 y Arce 2, mis hermanos eran 4 y 5. Yo era Arce 3. Todos los lugares principales de nuestra vida también tenían nombres en clave. Mi colegio, la escuela pública Rockcliffe Park, era conocida como Sección 81, y Sección 76 era la casa de mi amigo Jeff. A veces, los oficiales de la Policía Montada nos dejaban a mis hermanos y a mí usar los radiotransmisores e intercambiar mensajes codificados con oficiales de otros coches. Recuerdo lo orgulloso que me sentí el día que descifré su llamado código secreto: «¡Alpha, Bravo, Charlie! ¡Utilizáis la primera letra de cada palabra!».

Las fiestas de cumpleaños en el 24 Sussex eran especialmente divertidas, una ocasión idónea para transformar esa vieja mansión llena de rincones y recovecos en una casa de juegos. Puesto que Sacha y yo cumplíamos años el día de Navidad, a mediados de diciembre invitábamos a toda nuestra clase. Venían alrededor de unos cuarenta chavales, mi padre se retiraba a su oficina y éramos libres de jugar a una especie de escondite colectivo, en el que cada vez que un jugador era descubierto éste se unía al grupo de búsqueda hasta que, al final del juego, toda una partida de niños busca al único que sigue escondido.

Ésta era la parte de mi vida que mis amigos del colegio veían y a veces envidiaban. De tanto en tanto, sucedía alguna cosa inesperada que te dejaba con la boca abierta. Recuerdo un día de junio, tendría unos once años y estaba jugando en la entrada del 24 Sussex con mi amigo Jeff Gillin. Se detuvo un coche, se abrió la puerta y bajó una elegante joven con una bolsa de deporte al hombro: era Diana, princesa de Gales. Estaba de viaje por Canadá junto al príncipe Carlos en aquel momento y me habían dicho que iba a hacernos una discreta visita para nadar unos largos en la piscina situada en la parte de atrás de la propiedad, de modo que decidí que lo apropiado sería recibirla como era debido.

Jeff y yo intuimos vagamente que debíamos observar algún tipo de protocolo; sin embargo, allí de pie, con nuestras sucias camisetas y vaqueros, no teníamos la más remota idea de qué hacer. ¿Ensayar una gran reverencia? ¿Saludar? En lugar de eso, dejamos

nuestras bicicletas y adoptamos la posición de firmes, la versión infantil de un guardia de honor mientras pasaba la princesa. Yo lo viví como un momento incómodo, agravado por el hecho de que obviamente a ella no le sentó muy bien que nos hubiéramos inmiscuido en lo que se suponía era un momento completamente privado y secreto. De modo que en cuanto pasó corriendo a nuestro lado (tras echarnos un rápido vistazo), me volví para disculparme con Jeff por lo que acababa de ocurrir. Mi amigo, con los ojos como platos, exclamó: «¡Oh, Dios mío! ¡Ha sido alucinante!».

Otro incidente también relacionado con Jeff sucedió más o menos por la misma época. Ambos estábamos montando en bici con otros amigos por el vecindario y, como de costumbre, un oficial en un coche de la Policía Montada iba a la zaga a una distancia prudente. Yo no le daba ninguna importancia, pero cuando uno de mis colegas decidió que sería divertido despistarle, tomamos de repente una curva cerrada a través de un parque, bajamos por varias calles secundarias, y volvimos a casa de Jeff por un sinuoso camino donde, claro está, nos esperaba el oficial de policía, que había adivinado lo que íbamos a hacer. Cuando mis amigos y yo terminamos de jugar, el agente me escoltó hasta casa y —tuvo que hacerlo— presentó un informe del «incidente».

Mis amigos y yo creíamos que había sido divertido nuestro intento de despistar al policía. No creyó lo mismo mi padre. En pocas palabras, se puso furioso. «¿Crees que a esas personas les gusta tener que ir detrás de un mocoso de once años? —me preguntó—. Su trabajo consiste en mantenerte a salvo para que yo pueda hacer el mío. Y tú vas y, adrede, intentas ponérselo más difícil sólo para... ¿pasártelo bien? —añadiendo a continuación en aquel tono severo que tan bien conocía yo—: Ha sido una completa falta de respeto hacia ellos. Te he criado para algo mejor que esto.»

Decepcionar a mi padre era lo peor que podía pasarme de pequeño. Yo anhelaba, como la mayoría de los niños, su atención y aprobación. Y aunque a menudo contábamos con ambas, su reprobación era para mí una experiencia desgarradora.

Había veces, sin embargo, en las que nos pasábamos de la raya. No sé si Sacha, Michel y yo éramos más o menos «mal-

criados» que otros chicos traviosos de nuestra edad. Sólo sé que nuestros padres, y sobre todo nuestro padre, tenían tolerancia cero con respecto a todo aquello que no fuera un comportamiento respetuoso. Puede que viviéramos en un entorno privilegiado, pero en lo que se refiere a expectativas y disciplina no fuimos precisamente unos consentidos. Más bien todo lo contrario.

Mi madre siempre hacía hincapié en la importancia de los buenos modales. El incumplimiento en el protocolo o la falta de etiqueta provocaba una severa reprimenda por su parte. «Los buenos modales os abrirán las puertas —nos sermoneaba—, y una vez que se abre la puerta, uno puede mostrar su buena conducta.» También insistía en que nuestra actitud hacia otras personas y el interés que demostrásemos por ellas debían ser sinceros. «No seáis falsos —decía—. Las personas saben si estáis siendo falsos, y una vez lo adivinan, ya nunca volverán a confiar en vosotros de nuevo.»

La importancia de ser sinceros y respetuosos con los demás era un pilar de las enseñanzas que mis hermanos y yo recibíamos de mis padres. Cuando contaba ocho años de edad, mi padre me llevó al Parlamento, en cuyo restaurante almorzamos. Levanté la vista de la comida y vi a Joe Clark, el líder de la oposición del Partido Conservador Progresista. Creyendo que complacería a mi padre, repetí un chiste tonto sobre Joe que había oído en el patio del colegio. No le pareció divertido. De hecho, le horrorizó y recibí un severo sermón relativo a que si bien era justo atacar la postura de tu oponente, nunca estaba justificado arremeter personalmente contra él. Para recalcar su punto de vista me condujo hasta la mesa del señor Clark, donde comía junto a su hija Catherine, y me lo presentó.

A menudo me he preguntado cómo hubiera reaccionado mi padre al uso generalizado de los ataques personales por parte de algunas personas del contexto político actual, que prefieren eso a plantear un serio debate relativo a las cuestiones que hay sobre la mesa. No me cabe duda de que le repugnaría y, sí, se sentiría decepcionado por todos nosotros, y de que encontraría el modo de expresar su opinión con la fuerza de una tonelada de ladrillos cayendo, pero sin necesidad de recurrir a los mismos ataques personales que estuviera condenando.